
La tumba del Inca historiador Garcilaso de la Vega en la Catedral de Córdoba

Los restos del inca historiador Garcilaso de la Vega están sepultados en la iglesia Catedral de Córdoba—la antigua “Aljama” de los árabes—al pie del altar de la capilla llamada “de las Animas”.

Una descolorida alfombra cubre la losa de su enterramiento: de donde provino la necesidad de producir su leyenda, en letras doradas, en dos lápidas que vemos colocadas a ambos lados del altar.

Esa leyenda está concebida en los siguientes términos:

“El Inca Garcilaso de la Vega, varón insigne, digno de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas, hijo de Garcilaso de la Vega de las casas de Faria e Infantado, y de Elisabeth, palla, hermana de Guaina Cápac, último emperador de Indias, comentó la Florida, tradujo a León Hebreo y compuso los Comentarios Reales.

“Vivió en Córdoba con mucha honra, murió ejemplarmente, dotó esta capilla.

“Enterróse en ella. Vinculó sus bienes al sufragio de las ánimas del Purgatorio. Sus patronos perpetuos: los señores Deanes y Cabildo de esta Santa Iglesia.

“Falleció a 22 de Abril de 1616.

Rogad á Dios por su ánima.”

El altar de la Capilla de las Animas, pobrecillo en sí es de una hechura pseudo clásica que contrasta con la arquitectura original de la mezquita, la cual no refleja, por cierto la fe de los antepados del historiador: la del Crucificado, si de los paternos, la del Sol, si de los maternos.

Allí, sobre el dintel, como quien dice, de dos creencias la cristiana y la agarena, duerme el eterno sueño el hombre á quien un injusto destino impuso que transcurriese lo mejor de su vida lejos de esa imperial Cuzco, cuna de su ilustre linaje americano, y de ese Perú, al que hubiese consagrado, de vivir en él, la potencialidad de una de las inteligencias más gallardas que conoció América y los arrestos de un soberano carácter, esforzado y varonil.

Forma retablo al altar que decimos, una composición á pincel que representa á Jerusalem con la teoría de sus torres y de sus muros almenados, sobre los que se enseñorea la alta silueta del templo, en dirección á una de cuyas puertas se vé encaminada con "banderas" desplegadas, una cohorte romana.

Sobre aquel simulacro de la ciudad santa campea un Crucificado de bulto, de tamaño natural.

Sobre el costado derecho, otra composición al temple: la degollación de San Juan; sobre el izquierdo, otra: un santo obispo, asistido de cierto número de ángeles, ocupado en sacar de entre las perennes llamas á ánimas del Purgatorio; de donde provino la advocación de la capilla.

Hay en el ambiente de la capilla de Garcilaso un como vaho de temor de la eterna muerte; una como perenne volición de descontar con preces y con santos sufragios los desfallecimientos y flaquezas de una vida terrenal, orientado el espíritu hacia una bienaventuranza futura, perdurable.....

Garcilaso fundó este altar, con cierta dotación de misas, en 1616.

Sus "Comentarios Reales," obra que máspreció, posterior á La Florida y á la traducción de los Diálogos de Amor de León Hebreo, estaban terminados.

En ellos, desafiando al olvido que amenazaba con borrar de la memoria de los hombres la obra paternal, grandiosa de los Incas, de los que él descendía, desfilaban en teoría augusta, aquellos benéficos pastores de pueblos.

En su calidad de hombre de letras y de hombre de espada, él, hijo de un valeroso capitán español y de una elevada princesa indiana, había sido ante España una muestra viviente de cómo sería al futuro criollo: el futuro peruano.

Su misión en esa tierra de España estaba terminada: tocábale pensar en los siglos de los siglos que traen aparejados consigo la eternidad, más allá del tétrico umbral de la muerte.

Y pensó en su alma inmortal.

A 18 de Abril de aquel año de 1616 compareció ante el escribano de número Gonzalo Fernández de Córdoba, y dictó sus disposiciones testamentarias, cuyo traslado figura en el expediente de fundación de la obra pía que lleva su nombre.

Por dicho su testimonio funda una obra pía, y nombra por patronos de la misma al Illmo. señor Deán y Cabildo pleno de esta Santa Iglesia, dotándola con varios capitales de censo, importantes 126,401 reales, 19 maravedís y 8,834 reales, 2 maravedís de réditos, previniendo que el todo de su hacienda se había de imponer en renta segura, como de

10,000 reales, de la cual se habían de costear 50 arrobas de aceite para una lámpara que ardiese día y noche en su Capilla de las Animas, 40 ducados para salario de un sacristán, 12 reales para vino y hostias, 352 reales y 32 maravedís a un mayordomo, gasto de ornamentos, fábrica de la capilla, cubierta de su sepultura en la forma ordinaria, víspera y día de difuntos, vigilia y misa de réquiem por los capellanes de veintena en dichos días, con limosna de 15 reales, vista de cuentas 200 reales y propina 66 reales; invirtiendo el resto en que se hayan de decir en dicha su capilla todas las misas rezadas que se pudiesen y alcanzaran las rentas, por sacerdotes virtuosos y buenos cristianos que tuviesen más necesidad, dando de limosna á cada uno 52 maravedís por cada misa, las cuales se han de aplicar por mi ánima, y las demás del Purgatorio; y en acabando cada misa, han de decir un responso por dicha mi ánima y las del Purgatorio, y echar agua bendita sobre su sepultura; y que por ningún caso hayan de llevar más de los dichos 52 maravedís por cada misa, y que dichas misas se digan dentro de su capilla, sin que por mandato de ningún juez, provisor ni visitador se manden decir fuera ella, sino que traigan sacerdotes que las digan dentro de ella, y en este particular pide y suplica a los señores Deán y Cabildo amporen y defiendan lo susodicho, sobre lo que les encarga su conciencia, ni se lleven á la Colecturía.

“Para que esta fundación no venga en disminución, mando que si algún censo se redimiese, se vuelva á imponer y en el interim se suspendan las misas el tiempo que fuere necesario para suplir lo que faltase, de suerte que siempre haya la misma renta, y lo mismo se haga si en algún tiempo se perdiese algún censo”.

El cuaderno que contiene estas minuciosas disposiciones lleva el siguiente rótulo: “Cuadrante de dieziocho misas que se deben cumplir por la fundación de Garcilaso Inca de la Vega. Estipendio, tres pesetas”.

De esta fundación tan prolijamente concebida ¿qué queda?

La lámpara que debió arder noche y día sobre el sepulcro del historiador, ya no alumbra.

Los miles de maravedís de antaño, reducidos a un puñado de calderilla en nuestros días, debido á la sorpresa del cambio monetario, no dan para más de las dieciocho misas rezadas que venimos diciendo.

Duerme el eterno sueño Garcilaso, hemos dicho, sobre la linde de dos creencias: la agarena y la cristiana.

Más allá de la verja enmohecida de su capilla, adornada en lo alto con su escudo de armas, de dos cuarteles: el uno por lo Suárez de Figueroa, el otro por lo Yupanqui, se divisa una como fuga de esbeltas columnas (en número de 860, repartidas en 10 naves), de cuyos chapiteles arrancan airoso-arcos á fajas bicolores.

Es aquella una visión de tallos y de volutas de uno como bosque de palmeras petrificado; que tal quiso que se pensase Abd-El-Rahmán el Magnífico de la mezquita mayor de la capital de su califato, de esa Córdoba, capital a la vez del mundo de Occidente, en sus días por sus ciencias, sus artes, su poderío y su esplendor.

A ratos, mientras el visitador cruza por aquellas naves, un bronco resonar de órganos y de voces humanas pasa como un resuello de tempestad por las veredas de una selva.

Son los señores canónigos, arrellenados en la sillería del coro, ocupados en salmodiar sus oficios.

¿Fué un bosque de palmeras el que sugirió la hechura de una mezquita?

¿Fué el bosque de palmeras el primer templo en que adoró el primer hombre en ese florido Oriente en que nació la primera religión?

¿Fué le tronco de una palmera el que dió la idea de la primera pilastra de un templo, y su arqueado ramaje el de la primera ojiva?.....

Fué Garcilaso de la Vega hijo del capitán español del mismo nombre y apellido, el cual vino al Perú con Pedro de Alvarado, y de una "coya" de la sangre de los Incas, llamada doña Isabel Huailas, ñusta, ó como quien dice princesa de las tierras del hoy Callejón de Huailas, hermana de Huaina Cápac, y tía de Túpac Huallpa Yupanqui (el Tubalipa ó Toparca de los historiadores), al que Francisco Pizarro, muertos Huáscar y Atahualpa, admitió por inca en Cajamarca, dentro del gremio de cuyo linaje eligió mujer el propio Marqués, al tomar para sí á doña Inés Huailas Yupanqui.

Emparentado con la dicha doña Isabel, el capitán Garcilaso tuvo conciencia de no contraer la que hoy llamaríamos una "mésalliance".

Por tal razón recibió de buen grado al muchacho nacido de su ayuntamiento, y no se descuidó en cuanto á su educación.

Sobre las bancas de la escuela del dómine Juan de Alcobaza, en las que Garcilaso aprendió á leer y escribir, con su tanto de gramática latina y castellana, sentábanse los hijos de los conquistadores y primeros encomenderos del Cuzco, siendo uno de ellos Francisquillo Pizarro, hijo del Marqués Pizarro en la ñusta Angelina, cuya vida en España, de 1551 adelante, hemos de relatar en la *Vida* que estamos escribiendo del autor de sus días.

Mas, acerca de la niñez, adolescencia y temprana juventud y letras de Garcilaso ha escrito con abundancia de datos y sobrada competencia, el historiador peruano don José de la Riva Agüero.

Garcilaso habló, como lengua familiar, en el círculo de sus parientes maternos, el "quechua".

Su madre y sus tíos, encantados con su precoz inteligencia, le descubrieron por lo menor su ascendencia materna, queremos decir aquella hermética sucesión de Incas que vemos agrupados en doce "ayares", "clanes", ó cabezas de linajes (Chima Panca, Raurahua Panaca, Apu Maita, Cápac Aillo, etc., y personalizados en igual número de personajes "cíclicos:" Manco Cápac, Cinchi Roca, Túpac Yupanqui, etc.

Sus parientes americanos—escriben sus biógrafos—le sugirieron la idea de perpetuar la memoria de aquéllos por medio del relato de sus hazañas.

En tal forma, jóven, despierto, instruído, bienquisto en los centros de la antigua vida peruana, el futuro historiador recorrió el territorio del antiguo imperio de los Incas, y recogió, así de los indios como de los nuevos colonos, las noticias más a propósito para la confección de su obra.

La influencia de que gozó entre sus compatriotas le hizo sospechoso al gobierno sombrío de Felipe II, el cual le mandó trasladarse a España.

Poco tiempo después de la muerte de su padre, ocurrida en 1559, Garcilaso salió del Cuzco para España a 21 de Enero de 1560.

Antes de tal fecha, esto es en 1554, hizo un viaje de la Ciudad de los Reyes a Panamá, por mar, en un navío de ciertos mercaderes.

En España, con grado de capitán, si bien sin ganar sueldo, sirvió con crédito bajo el mando de don Juan de Austria, en la campaña contra los moriscos del reino de Granada.

En 1584, para ocupar en algo sus ocios, se puso a traducir a León Hebreo.

Al mismo tiempo escribía la Historia de la Florida, la que publicó en Lisboa, desilusionado de encontrar protección en España.

En 1600 comenzó a escribir la primera parte de los Comentarios Reales, que terminó a fines de 1604, época en que se trasladó a Lisboa, donde permaneció hasta 1609, en que publicó dicha primera parte, dedicada a la Princesa Catalina de Portugal, Duquesa de Braganza.

En 1612 terminó de escribir la segunda parte de los Comentarios Reales.

Casi en seguida se retiró a Córdoba.

Esta fué para él una suerte de enterramiento anticipado. En su ámbito, comprendido por entonces en el cinto amurallado que vió la recia acometida de la hueste castellana y la obstinada defensa de la morisma; en su recinto, hoy mismo de callejas tortuosas y estrechas, bajo su cielo azul, Garcilaso terminaría esa su vida que el hado no le consintió que dedicase a su patria americana.

En Córdoba le consolarían de su nostalgia y del triste concepto que se tuvo formado de la fortuna, cuyos desfavores y persuaciones—según él escribió—me han forzado a que

la huyese y me escondiese en el puerto y abrazo de los desengañados, que son los rincones de soledad y pobreza”, el trato con tanto ilustre varón versado en letras humanas y divinas como poblaron las aulas de sus famosas escuelas y los estrados de sus casonas hospitalarias.

Para penetrar en la mezquita de Abd-El-Rhamán, convertida en catedral cristiana, en una de cuyas capillas descansan los restos de Garcilaso, se cruza, como ocurre en Sevilla respecto de su propia catedral, el patio llamado “de los Naranjos”.

Es este una como mezquita al aire libre, en que los troncos de multitud de naranjos en flor copian la simetría de las columnas de mezquita adentro, todo ello bajo la bóveda de un cielo azul, profundo y diáfano, de una singular dulzura.

Aquel como jardín de las Hespéridas es una suerte de oasis de verdor, de paz y de risueña y sensual vida oriental enclavado en el centro del adusto caserío de Córdoba ortodoxa.

Los pequeñuelos de los barrios vecinos acuden a él y mezclan la algazara de sus juegos con el piar de innúmeros pajarillos metidos en el follaje tachonado de azahares.

La Giralda cordobesa, con esa su estatua de San Rafael, que corona su cumbre, pone sobre todo aquéllo la autoridad de su mole poderosa.

Por las veredas de ese patio florido Garcilaso paseó, con sensación de íntimo descanso, sus nostalgias, y meditó sus obras.

Su venida a España le fué beneficiosa como hablista.

En el Cuzco su español habría sido tardo, pesado, su poco dialectal.

En Córdoba, su trato con tanto erudito dómine comunicó fineza, agilidad y casticismo a su léxico.

De Garcilaso se sabe que tuvo en Córdoba distintos domicilios, todos ellos en el perímetro de la Catedral, hasta 1605, que le nombraron administrador del hospital fundado por Antonio de Cabrera para mujeres parturientas, que se trasladó a vivir en el edificio del hospital, dondē hoy está la Escuela Normal de Maestros, sobre la Plazuela de San Nicolás.

Más tarde ocupó una casa de la hoy calle de los Manriques y allí murió.

La misma, conocida antiguamente con el nombre de Casa de los Canónigos, pertenece en nuestros días a la Ilma. señora Marquesa de Santa Rosa.

Poco queda de la casa que propiamente conoció el historiador.

Sobre la calleja—una de tantas de la complicada topografía cordobesa, en que la casa moderna se halla situada—se vé una ancha portada signada con el número 8, y a continuación un ancho patio, arreglado para la entrada y salida de los carruajes de sus nobles amos, y a su final, un elevado muro tapizado de naranjos cultivados en espaldar.

Parece ser que Garcilaso ocupó cierto altillo del costado izquierdo, conforme se entra, el cual tenía su entrada por el patio que dejamos dicho.

Hace falta, por cierto, sobre la fachada de la casa aquélla una lápida costeadada por el Perú que recuerde la estancia que allí tuvo y las obras que allí escribió el gran cuzqueño.

Se ha dicho que Garcilaso vivió en la obscuridad y la pobreza durante los últimos años de su vida.

“Error, exclama el académico español don Rafael Ramírez de Arellano en su “Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la Provincia de Córdoba”

Y continúa:

“Garcilaso de la Vega, conocido alguna vez por Gómez Suárez de Figueroa, según declaración propia, contenida en documentos que de él quedan, fué hombre de buena posición, pues disfrutaba de una renta sobre el marquesado de Priego y además poseía bienes en Posada y en Córdoba, donde consta que compró varias fincas en el año de 1601.”

Dedicamos las últimas horas disponibles del último día que pasamos en Córdoba a Garcilaso.

Si en el ambiente de la mezquita de las mil columnas, en cuyo recinto eligió su última demora, sus manes permanecen no disueltos por la obra sutilmente disociadora del tiempo, ellos han debido experimentar, con nuestra visita, un indecible refrigerio.

Nosotros, con ese lenguaje entrañable de las almas que quieren ser oídas de otras almas, le dijimos la admiración y la gratitud que le profesa su patria.

Le dijimos que la labor de reconstitución de la historia del antiguo imperio peruano, iniciada por él ha 331 años, se halla en pleno proceso de fructificación.

Que centenares de espíritus, ávidos de saber, orgullosos con el pasado de su nación, siguen sus huellas en el Cuzco, en Ayacucho, en Arequipa, en Tacna, en Lima y en otros cien lugares del alma Perú.

Que de esa labor conjunta brotará, hoy o mañana, u otro día cualquiera, un amplio sentido de justificación para con un grandioso pasado de nuestra nación, punto de partida que ha sido de nuevos adelantos, de la que fueron promotores sus antepasados maternos, los Incas, y comentar, él, Garcilaso de la Vega Inca.

Córdoba, 1924.

Rómulo Cúneo-Vidal.

Del Instituto Histórico del Perú y de la Real
Academia de la Historia de Madrid
en clase de correspondiente.
